



Álvaro Matute

“Lorenzo Boturini”

p. 479-496

Historiografía mexicana. Volumen II. La creación de una imagen propia. La tradición española
Tomo 1: Historiografía civil

Juan A. Ortega y Medina y Rosa Camelo (coordinación general)

Rosa Camelo y Patricia Escandón (coordinación del volumen II)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2012

660 p.

ISBN-10 968-36-4991-2 (obra completa)

ISBN-13 978-968-36-4992-2 (obra completa)

ISBN-13 978-607-02-3388-3 (volumen II)

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/317_02_01/historiografia_civil.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

INTEGRACIÓN DE NUEVA ESPAÑA A UN SISTEMA FILOSÓFICO



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



LORENZO BOTURINI

ÁLVARO MATUTE*

La presencia de Lorenzo Boturini en la historiografía mexicana es significativa por varios motivos. En primer lugar, por su devoción guadalupana, que lo llevó a la escritura de la historia. En segundo, por haber abierto un ciclo historiográfico, al promediar el siglo XVIII, después de un largo silencio, sólo interrumpido por la frecuente práctica de la crónica provincial o de sucesos particulares. En tercero, porque para entender y explicar la historia se valió de las ideas dadas a conocer entonces por el pensador napolitano Gianbattista Vico. En cuarto, porque para investigar reunió la más vasta colección de documentos sobre las culturas indígenas del centro de México, de todos los tiempos. En quinto y último lugar, por haber vivido una vida que se puede calificar de novelesca.

Antes de hacer una breve semblanza de su vida, conviene intentar un escueto estado de la cuestión. Hasta 1974 el estudio más completo acerca de Boturini se debía a Miguel León-Portilla y es el que sirve de introducción a su edición de la *Idea de una nueva historia general de la América Septentrional*.¹ Ese texto recoge las aportaciones de los estudiosos más puntuales de Boturini, que habían agotado la información disponible acerca de su vida y obra, como José Torre Revello y Manuel Ballesteros Gaibrois, quienes serán citados adelante. En 1976 apareció mi libro *Lorenzo Boturini y el pensamiento histórico de Vico* derivado de una tesis que presenté en 1970.² Mi enfoque fue exclusivamente analítico de la relación entre las obras de Gianbattista Vico y la de Boturini. Sobre este particular fue publicado un artículo de Franco Venturi, “Un vichiano tra Messico e Spagna: Lorenzo Boturini Benaduci”.³

* Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM.

¹ Lorenzo Boturini Benaduci, *Idea de una nueva historia general de la América Septentrional*, estudio preliminar de Miguel León-Portilla, México, Porrúa, 1974, LXXII-160 p. (“Sepan cuantos...”, 278). En adelante se citará como *Idea* y salvo indicación contraria la referencia será a esta edición.

² Álvaro Matute, *Lorenzo Boturini y el pensamiento histórico de Vico*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1976, 88 p.

³ *Rivista Storica Italiana*, v. LXXXVII, n. 4, 1975, p. 770-784.

De consideración es el capítulo que le consagra Benjamín Keen en *La imagen azteca*.⁴ Mi libro ofrece una revisión historiográfica acerca de lo expresado por historiadores de los siglos XVIII, XIX y XX acerca de la vida y la obra de Boturini, con especial atención a la relación de sus trabajos con las ideas de Vico. Mi énfasis es más interpretativo, sin omitir los aspectos descriptivos que permiten ilustrar la relación entre la *Ciencia nueva* de Vico y los trabajos de Boturini. Posteriormente, en 1988, gracias a la cortesía del señor Giuseppe Botterini di Pelosi, de Sondrio, obtuve un ejemplar del *Bollettino della Società Storica Valtellinese*.⁵ Gracias a los artículos que en él se recogen, debidos a Pío Rajna y Enrico Besta, los datos biográficos de Boturini se modifican. En primer lugar, el apellido original es Botterini y, en segundo, se precisa la fecha de su nacimiento, el cual tuvo lugar el 18 de abril de 1698, es decir, era cuatro años mayor que lo asentado por él en el “Memorial al Marqués de la Ensenada”, uno de los documentos biográficos de mayor autoridad que los estudiosos habían tenido como fuente principal. Con la aportación de los textos y documentos (entre ellos la fe de bautismo de Lorenzo), aparte de corregir y contar con nuevos datos, surgió una pregunta radical: ¿por qué lo conocemos como Boturini y no con el Botterini originario? La respuesta, en mi caso, fue obtenida hasta 2008, con la lectura del libro de Giorgio Antei, *El caballero andante, Vida, obra y desventuras de Lorenzo Boturini Benaduci (1698-1755)*.⁶ Se trata de la investigación mayor, exhaustiva, que estaba esperando el personaje. Antes de ella se dio a conocer el proyecto de Iván Escamilla González, “Lorenzo Boturini, su obra guadalupana inédita”.⁷ Escamilla propone un estudio sobre lo enunciado en el título del proyecto, no sin llamar la atención

⁴ Benjamín Keen, *La imagen azteca en el pensamiento occidental*, trad. de Juan José Utrilla, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, p. 236-254.

⁵ *Bollettino della Società Storica Valtellinese*, v. 1-6 (1921-1944), Ristampa Anastasica, Sondrio, 1976. Los dos principales estudiosos valtelineses de Botterini son Pío Rajna y Enrico Besta. A la muerte del primero, el segundo, su sucesor como presidente de la Società Storica Valtellinese, dedica un número de su boletín a “Le ricerche di Pio Rajna in torno a Lorenzo Botterini”, que es un artículo extenso y dos apéndices: “Lorenzo Botterini”, año II, fasc. II, 1933, p. 5-24. Los apéndices, p. 25-47, el segundo de ellos ofrece, entre otras cosas, el acta bautismal de Lorenzo y múltiples documentos genealógicos. De Enrico Besta, “L’americanista valtellinese Lorenzo Botterini”, *Botellino della Società Storica Valtellinese*, v. I, fasc. I, 1937, p. 5-22. Posteriormente ofrecí una conferencia en la que di a conocer los elementos proporcionados por esas lecturas: “Nueva luz sobre Lorenzo Boturini”, Academia Mexicana de la Historia, 31 de marzo de 2004, que permaneció inédita.

⁶ México, Museo de la Basílica de Guadalupe, 2007, 334 p., ils.

⁷ *Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, n. 75, enero-abril 2006, p. 7-13.

acerca del descuido en que se encontraba el asunto que propició el viaje de Boturini a Nueva España y se convirtiera en historiador. Señala, con justicia, la excepción a la regla que es la contribución de don Ernesto de la Torre Villar, quien le otorga un lugar en sus *Testimonios históricos guadalupanos*. Antes de Escamilla, el latinista Roberto Heredia Correa había anunciado una traducción del *Prólogo Galeato*, una de las obras guadalupanas de Boturini que ha permanecido inédito, hasta donde tengo noticia. El trabajo de Iván Escamilla se encuentra en proceso. También de manera previa al libro de Antei, otro estudio arrojó luz sobre el paso de Boturini por Tlaxcala, pero no sólo eso. Jaime Cuadriello, en su excelente libro *Las glorias de la República de Tlaxcala*⁸ se ocupa de la presencia de Boturini en esa ciudad y provincia, donde fue Teniente de Alcalde, así como de su influjo intelectual posterior, cuando se difundió su único libro publicado. El propósito de Cuadriello rebasa el tema particular, pero la inserción del tema boturiniense lo hace figurar entre las contribuciones recientes. Volviendo al libro de Giorgio Antei, en él se responden las interrogantes planteadas ante la lectura de Rajna y Besta. Entre otras muchas de las cosas que ofrece está la solución al problema del cambio en el apellido a partir de los trabajos genealógicos desarrollados por Lorenzo Botterini, quien se adjudica ser heredero de los Boturini, y por tanto “Señor de la Torre y Hono”. El perfil novelesco de nuestro personaje adquiere plenitud en el rescate de Antei, quien recorre, tanto con los debidos apoyos documentales como a partir de inferencias lógicas, la trayectoria de Botterini/Boturini en Milán, Trieste y Viena. Posteriormente traza sus venturas y desventuras guadalupanas, en México y en Madrid, para concluir con el examen de sus trabajos históricos. Escamilla, por su parte, cita un trabajo que no he podido consultar.⁹ Como conclusión parcial, puede decirse que hubo un largo paréntesis entre las contribuciones de Miguel León-Portilla y de quien esto escribe y los trabajos ya correspondientes al inicio del siglo que corre, gracias a los cuales es posible conocer de manera cabal la trayectoria de este singular personaje peregrino.

⁸ Jaime Cuadriello, *Las glorias de la República de Tlaxcala o la conciencia como imagen sublime*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas-Museo Nacional de Arte-Instituto Nacional de Bellas Artes, 2004, 483 p. Especialmente en las p. 398 y s.

⁹ Se trata de un estudio de Jorge Cañizares-Esguerra, *How to Write the History of the New World. Histories, Epistemologies, and Identities in the Eighteenth Century Atlantic World*, Stanford, Stanford University Press, 2001. Dedicó un capítulo a Boturini.

Semblanza

El problema al que se enfrentaron los primeros biógrafos de Lorenzo Boturini radicó principalmente en que no hubo comunicación entre los muchos que lo estudiaron desde el ángulo hispanoamericano y los pocos que lo hicieron desde la perspectiva italiana, o sea los mencionados Rajna y Besta. Gracias a éstos se pueden saber dos cosas importantes ya mencionadas: que el apellido era Botterini y que no nació en 1702 como asientan los biógrafos hispanoamericanos, sino en el año de 1698, el 18 de abril.¹⁰ Su padre se llamó Juan Bautista y su madre Margherita Della Chiesa. Le fueron impuestos los nombres de Lorenzo Antonio Francisco. Los dos primeros, por sus abuelos. Tuvo un hermano, Abundio, nacido, él sí, en 1702. Doña Margherita murió cinco años después, en 1707. El padre casó en segundas nupcias y procreó a Claudio (1710), Antonio Francisco (1716) y María Lucrecia (1718), con la señora María Francisca Gatti. El padre dejó este mundo el mismo año en que Lorenzo publicara su primer libro, en 1746. Nuestro personaje se ausentó de Sondrio, su ciudad natal, por lo menos desde 1713 a causa de los estudios. Lo más probable es que haya marchado a Milán, o a la Universidad de Pavía, como suponen los estudiosos valtelineses.¹¹

Si se acepta que estudió en la universidad de la capital lombarda —de acuerdo a lo que él mismo dice— en ella se ubicó de los 15 a los 25 años, aproximadamente. Por sus escritos, es fácil deducir que estudió lenguas clásicas y modernas y jurisprudencia. De las primeras dominó el latín, en el que llegó a expresarse y en el que leyó a muchos autores clásicos. Su conocimiento de ellos no era desdeñable, en especial el de Ovidio. Tuvo formación y preparación jurídica. Es muy pro-

¹⁰ Fue bautizado el 28 de abril. El acta expresa “infanti domi ab eodem ob imminens mortis periculum baptizato nato die decima octavo [...] cui nomen Laurentii Francisci Antoni fuit impositum”. *Bolletino...*, p. 41. Pío Rajna alega que si el infante estaba “in pericolo mortis”, ¿cómo es posible que haya sido bautizado diez días después de su nacimiento y aventura que debió haber nacido el mismo 28, cuando se celebró el bautizo. En mi caso, me atengo a lo asentado en el acta y lo mismo hace Giorgio Antei.

¹¹ *Ibid.* Es interesante hacer notar cómo llegaron a Italia las investigaciones sobre Boturini. Los datos biográficos comunes de Lorenzo Boturini datan de fuentes producidas por él mismo, como el Memorial que dirigió al marqués de la Ensenada para que le restituyeran sus documentos y pudiera escribir sus obras. Posteriormente se ocuparon de él autores como Prescott, García Icazbalceta, José Fernando Ramírez, Alfredo Chavero y otros. A principios del siglo XX, el italiano G. V. Callegari, del Instituto Comercial de Verona, y quien estuvo en México por razones comerciales, se interesó por indagar los orígenes de Boturini y envió a alguien a investigar en Sondrio, ya que al decir de Rajna hay algún subrayado con lápiz en la fe de bautismo. Hacia 1930 la americanista María Savi López entró en contacto con el magistrado Orazio Botterini, que le dio informes genealógicos.

bable que haya leído a Vico en fecha no lejana al propio 1725, año de aparición de la hoy denominada *Prima Scienza Nuova*. O todavía estudiante en Milán es posible que haya tenido contacto con *De Universo Juris Principio et fine uno*. No hay evidencia para afirmarlo, pero si los textos del napolitano viajaron de su tierra al norte, tal vez el joven Botterini los leyó en sus últimos años de formación. Anteí sugiere que leyó la crítica a Vico en el *Acta in eruditorum lipsiensia*, y la réplica del propio Vico. Me atrevo a especular que acaso leyó la *Autobiografía*. (Menciona en un texto que Vico, “quien por espacio de treinta años meditara en el derecho natural de gentes”, se refiere al tiempo en que reflexionó sobre lo que sería su obra.) Se sabe que el napolitano se ocupó de enviar su libro a las ciudades importantes de Europa, entre las que Viena brillaba. En ella permaneció Botterini, así como en Trieste, ya con su apellido modificado y con el título nobiliario de “Señor de la Torre y Hono”. Gracias a Anteí sabemos con cierto detalle qué empleos desempeñó y sus avatares en la corte imperial, la que abandonó en el año de 1734, cuando se vio obligado a salir de la capital austriaca en virtud del conflicto internacional que se había gestado a causa de la guerra entre las naciones borbónicas con el emperador Carlos VI. Supuestamente iba a conseguir un asiento en el Senado; Reinke expidió un certificado en el que constaba que su familia descendía del conde Wilfredo de Bourg. Ahí se establecen las armas de su familia que ostentan dos torres, una de ellas inmediata al solar de Hono (Ono en italiano). Con una buena dotación de cartas de recomendación, entre las que sobresale una de las archiduquesa de Austria, para su hermana la reina de Portugal, sale a este país, donde permanece unos meses, para después internarse en España, donde hay constancia de su presencia en 1735.

Los biógrafos de tradición hispanoamericana¹² son certeros y precisos a partir de este momento de la vida de nuestro personaje. Siguién-

¹² El más sólido de los cuales es José Torre Revello, “Documentos relativos a D. Lorenzo Boturini Benaduci”, *Boletín del Archivo General de la Nación*, México, t. VII, n. 1, enero-marzo de 1936, p. 5-45. El mismo tomo del *Boletín*, en los tres restantes números que lo forman, ofrece sendas entregas documentales de primer orden en torno a Boturini. Torre Revello es el primer estudioso “moderno” de Boturini. Le sigue Manuel Ballesteros Gaibrois, en su introducción a la *Historia general de la América Septentrional. De la cronología de sus principales naciones*, Madrid, Imprenta y Editorial Maestre, 1974, LXVI-410 p. (Documentos inéditos para la Historia de España, Papeles de Indias, VI). [Hay edición facsimilar de la misma por el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM en 1990]. El también español Eugenio Aguareles, en *El conde de Fuenclara, embajador y virrey de Nueva España (1687-1752)*, 2 v., Sevilla, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1966, II, p. 73-99, reúne buenos datos y redondea muy bien las biografías. De los mexicanos, destaca la aportación e Miguel León-Portilla en su prólogo a la edición

dolo a él mismo, y con el apoyo en diversos documentos, refieren el viaje que hizo a Zaragoza, como buen devoto católico que era, a conocer el santuario de Nuestra Señora del Pilar. En dicho viaje conoció a la condesa de Santibáñez, Manuela de Oca Silva y Moctezuma, quien lo invitó a México y le dio poderes para cobrar sus mercedes en la capital del virreinato. También conoció a Joaquín Codallos, quien le habló de los milagros de la virgen de Guadalupe, cuya imagen deseó conocer Boturini. Ignorando las leyes migratorias, se embarcó sin ningún pase a Indias en el bajel Santa Rosa, que tuvo a mal encallar y naufragar frente a Veracruz, con lo cual algunos de los papeles que traía el viajero se perdieron. Llegó a México en febrero de 1736 y vivió en la casa de Codallos, ubicada en la calle de la Estampa de la Concepción, hoy calle del Cincuenta y Siete.

Boturini cumplió su anhelo guadalupano y su devoción hacia la virgen aumentó cuando atestiguó la epidemia del gran *matlalzáhuatl*. Como se sabe, el arzobispo-*virrey* Antonio de Vizarrón y Egarrieta en una procesión pidió a la virgen su intercesión para que cesara la mortandad. Al concluir ésta, la virgen de Guadalupe fue proclamada patrona de la ciudad de México. Boturini quiso hacer algo para engrandecer su culto y se dio a la tarea de organizar una colecta para coronar la imagen de la Patrona. Y en efecto, lo hizo. Don Lorenzo tenía conocimiento de que Alejandro Sforza Palavicino había legado un dinero para coronar imágenes taumatúrgas. Boturini se dirigió al Cabildo Vaticano, sin permiso del arzobispo. Roma respondió afirmativamente en 1740, directamente a Vizarrón, sin haber solicitado el pase al Consejo de Indias. Pese a todo, Boturini se dio a la tarea de reunir fondos para culminar la tarea de la coronación, como consta en varias cartas suyas que se han conservado.¹³

Al mismo tiempo en que ponía sus empeños en esa tarea, se dio a otra, acaso de mayor trascendencia: investigar la historia guadalupana, cosa que lo llevó a entrar en contacto con una multitud de documentos de los dos siglos anteriores y a relacionar lo que decían con el contexto al cual pertenecieron, la historia antigua de México. Comprendió entonces que para entender una historia debía comprender la otra, la más amplia. Y para hacerlo, la base documental debía ser más grande. Se dedicó a buscar papeles en pueblos de indios y logró reunir suficientes. Su estancia en Tlaxcala lo lleva a ocupar el cargo de teniente

circulante de la *Idea de una nueva historia general de la América Septentrional*, México, Porrúa, 1974, LXXII-160 p. ("Sepan cuantos...", 278).

¹³ En el libro citado de Ernesto de la Torre y Ramiro Navarro de Anda hay muestra de ello. *Testimonios históricos guadalupanos. Compilación, prólogo, notas bibliográficas e índices de...*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, p. 400-412.

principal, dada la confianza que le tuvo el gobernador, Joaquín Antonio Cortillas. En México, la Compañía de Jesús le proporcionó la riquísima Colección Sigüenza, que custodiaba en San Pedro y San Pablo. Con todo ello formó el Museo Indiano, que ha sido el acervo documental referido a la cultura náhuatl del México central más grande que ha habido en todos los tiempos.

La fortuna no duraría mucho. En 1742, al llegar a Nueva España el nuevo virrey, Pedro Cebrián y Agustín, conde de Fuenclara, conoció en Jalapa una de las cartas en las que Boturini solicitaba donativos para la coronación de la virgen. Decidió averiguar quién era el firmante y si tenía permiso para hacerlo. Al llegar a la capital se dio a ese trabajo y no tardó en darse cuenta de que el italiano había procedido sin la anuencia de las autoridades correspondientes y que, además, se encontraba de manera ilegal en el virreinato. Así, Boturini fue reducido a prisión y su Museo le fue incautado. Esto sucedió a fines de 1742. Cabe pensar si Fuenclara por lo menos había oído hablar de Boturini cuando estuvo como embajador en Viena, en la corte de Carlos VI. Sólo eso, porque no coincidieron en tiempo. Además, el arzobispo Vizarrón se mostró adverso a Boturini, como queda bien establecido por Antei. Este historiador y Escamilla llaman la atención sobre las envidias provocadas por Boturini en historiadores criollos como Cayetano Cabrera y Quintero.

Se le instruyó el proceso a Boturini durante casi todo el año siguiente, hasta que se determinó remitirlo a España, para que su Majestad resolviera “si este extranjero es digno de pena y castigo”. Por fin, el 10 de octubre de 1743 fue enviado a Veracruz, donde permaneció hasta principios de 1744 cuando fue embarcado en el navío “La Concordia”, bajo partida de registro. Corsarios ingleses impidieron que la embarcación llegara con bien a España. Después de sufrir el asalto de rigor, desembarcaron a los pasajeros en Gibraltar, desde donde emprendió el camino a Cádiz, ataviado de marinero y con dos pesos en el bolsillo. Después de presentarse en la Casa de Contratación, continuó su camino hacia Madrid. Residió entonces en la casa del joven Mariano Veytia, cuyo padre había enviado una carta en la que lo recomendaba. La convivencia entre ambos daría buenos frutos historiográficos, ya que Boturini se convirtió en su maestro y lo hizo partícipe de sus proyectos. A la postre, queda claro que Veytia tal vez no hubiera escrito su *Historia antigua de México* sin el encauzamiento que le brindó Boturini.

Por cuanto a la situación legal de don Lorenzo, supo manejarse bien en la Corte y obtuvo el perdón, siendo sólo acusado de “indiscreta devoción”, por lo que debía olvidarse de la coronación de la Nuestra Señora de Guadalupe. Pero, en cambio, fue acordado que se le devolviera

viera el Museo Indiano para que se apoyara en él en la redacción de la obra que anunciaba.

Dióse a la tarea de escribir un trabajo breve que vio la luz en 1746: la *Idea de una nueva historia general de la América Septentrional, fundada sobre material copioso de figuras, símbolos, caracteres y jeroglíficos, cantares y manuscritos de autores indios, últimamente descubiertos y acompañada del Catálogo del Museo Indiano*. La importancia de este libro en lo que corresponde a la suerte inmediata de su autor radica en que al anunciar en ella un proyecto mayor, la redacción de una *Historia general de la América Septentrional*, obtuvo de la Corona, por real despacho del 10 de julio de 1747, el título de Cronista en los Reinos de Indias, con un sueldo anual de mil pesos y que volviera a México y sin dilación se le restituyeran sus materiales para que procediera a escribir su obra. El efecto positivo que indudablemente causó esta noticia en Boturini se diluyó con el tiempo, ya que nunca se le pagaron sus honorarios, por lo que no pudo volver a la Nueva España. Se contentó con escribir el único tomo de los cuatro que preparaba, con las fuentes disponibles en Madrid. Ese trabajo no llegó a la imprenta en vida del autor.

Mariano Veytia abandonó Madrid para proseguir sus viajes. Boturini fue admitido en la Academia Valenciana, presidida por don Gregorio Mayans y Siscar, y en la cual pronunció una interesante “Oración sobre el derecho natural de las gentes de la América Septentrional”, en el año de 1750. Los últimos años de su vida residió en la casa de doña Rosa de la Parra, a quien nombró heredera y a cuyos sucesores les fueron pagados los sueldos que jamás cobró Boturini. En 1754 escribió un extenso memorial al marqués de la Ensenada, rico en referencias autobiográficas y donde se deja ver su situación lamentable. Falleció el 20 de mayo de 1755.¹⁴

La obra

Los trabajos históricos escritos mexicanistas de Lorenzo Boturini pueden reducirse a un fragmento, dos libros y una oración o discurso. Hoy en día, tres han sido publicados y el primero aún permanece inédito y en latín. Se trata de *Margarita Mexicana, id est Apparitiones Virginis Guadalupensis Joanni Didaco, ejusque avunculo Joanni Bernardino*,

¹⁴ El dato aparece en un artículo de Alfonso Junco, “Boturini, el caballero de la Virgen”, *Ábside. Revista de Cultura Mejicana*, XXX-4, octubre-diciembre 1970, p. 423-430. Indica Junco: “Sólo en nuestros días, por gestiones del P. Lauro López Beltrán, se ha indagado la fecha precisa”, p. 429. Es el único biógrafo que proporciona este dato.

Regiorum tributorum exactori, accuratis expensae, titius propugnate, sub auspitiis... De este trabajo sólo redactó el fragmento conocido como *Prólogo galeato*. La única obra que conoció la imprenta en vida del autor fue la ya referida *Idea de una nueva historia general de la América Septentrional, fundada sobre material copioso de figuras, símbolos, caracteres y jeroglíficos, cantares y manuscritos de autores indios, últimamente descubiertos*. Como se señaló, va acompañada del *Catálogo del Museo Indiano*, que podría, en todo caso, ser considerada como una obra aparte, pero su autor la anexó, como complemento fundamental de la *Idea*. Su año de publicación fue en 1746 y ha merecido reimpressiones en 1871, 1887 y 1974.¹⁵ El otro libro es la *Historia general de la América Septentrional. De la cronología de sus principales naciones*. Fue rescatado del olvido por don Manuel Ballesteros Gaibrois en 1947 y fue reimpresso en 1990. Finalmente, como se dijo arriba, en 1750 fue invitado a la Academia Valenciana, de Mayans, donde pronunció una *Oración sobre el derecho natural de las gentes de la América Septentrional*, dada a conocer en 1872 en el *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística* y reeditada con la última edición de la *Idea*, en 1974.

Idea de una nueva historia general de la América Septentrional

Para los lectores acostumbrados a la crónica como modelo natural de la narración histórica, no deja de sorprender la curiosa organización o arquitectónica de esta breve pieza. Su división recupera cierta cronología, ya que se divide en tres edades, necesariamente sucesivas, de las cuales la primera es la más remota y la tercera, reciente. Una subdivisión interna en párrafos facilita la tarea de advertir a qué le concede mayor extensión en el texto. Así, antes de iniciar la primera edad, en un par de párrafos se refiere a las “excelencias de la historia de Nueva España” y al “orden de escribir esta historia”. La edad de los

¹⁵ Las ediciones son: *Idea...*, Madrid, Imprenta de Juan de Zúñiga y Ontiveros, 1746, [40]-167 p.; México, Imprenta de I. Escalante, 1871, 334 p. (Se le antepuso como prólogo el artículo de Joaquín García Icazbalceta para el *Diccionario universal de geografía e historia*.); México, Imprenta y Litografía de Ireneo Paz, 1887, 231 p. (Biblioteca Mexicana, XIX); *Historia general de la América Septentrional. De la cronología de sus principales naciones*, edición y prólogo de Manuel Ballesteros Gaibrois, Madrid, Imprenta y Editorial Maestre, 1947, LXVI-410 p. (Documentos Inéditos para la Historia de España. Papeles de Indias, VI); edición facsimilar de México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1990. La “Oración sobre el derecho natural de las gentes de la América Septentrional”, *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, 2a. época, t. IV, 1872, p. 108-114. Está incluida como apéndice al estudio preliminar de Miguel León-Portilla, *op. cit.*, p. LXV-LXXII.

dioses, o primera, está limitada a un solo párrafo, pero que se extiende a lo largo de casi treinta páginas. La edad segunda, o de los héroes, abarca del párrafo cuarto al vigésimo y sobrepasa el centenar de páginas impresas. Por último, la edad de los hombres o tercera, le merecen los ocho últimos párrafos, con algo más de treinta páginas. Quiere decir esto que la atención mayor la concedió a la segunda edad, que es en la que encuentra mayores cosas a desarrollar.

En cuanto al contenido, la primera edad es la de la formación e imperio de las deidades en la sociedad y está resuelta con la descripción de las trece deidades mayores del panteón nahua, con las funciones de culto y ritual que tienen un significado en la vida cotidiana, en el trabajo, la reproducción, en fin, la sociedad.¹⁶ Esta parte tiene un clarísimo paralelo con la manera como Vico expone el desarrollo de la edad primera en Grecia, siguiendo una a una a las doce deidades mayores. La segunda edad, o de los héroes, está dedicada a cuestiones de cosmografía y de su traducción en términos calendáricos. Los calendarios le merecieron a Boturini la mayor atención. Describe su funcionamiento y penetra en el significado de la simbología utilizada para la cuenta de los días y los años. Sin abandonar el tema de la simbología, una vez que agota la descripción de los sistemas de cómputo de tiempo, prosigue con otros elementos simbólicos, que lo llevan al lenguaje, a las metáforas, a las metamorfosis. Finalmente, todavía dentro de la edad segunda, refiere el origen de los indios, su “paso y tránsito” para llegar a la Nueva España, la división de sus imperios, hasta llegar a los toltecas. En la tercera edad, hace un recuento de los distintos grupos del área central, para llegar a la conquista y a sus conclusiones. En cierta medida, como se puede apreciar, sí hay un seguimiento cronológico, desde el origen de los indios hasta su asentamiento y desarrollo en el territorio que ocuparon y en el que florecieron. Sin embargo, antes de ello son tratados aspectos culturales como el calendario y el lenguaje, y antes todavía, las deidades. Esto resultaría inexplicable sin hacer alusión a la adopción, por parte de Boturini, del esquema viquiano. Ciertamente Boturini no disponía de auxiliares arqueológicos para aseverar que la creación de las deidades se remontaban a una antigüedad mayor, ni tampoco disponía de elementos lingüísticos. Así, se da un aparente anacronismo en la medida en que tanto dioses, como metáforas y calendario, pertenecen a los grupos de la “edad de los hombres”, aunque las cosas se presentan a la inversa. Ello acarrea problemas, como por ejemplo, el de la relación

¹⁶ Este punto lo he desarrollado en “Gianbattista Vico y la historia necesariamente comparada”, conferencia pronunciada en el ciclo “El historiador frente a la historia”, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2006.

entre el viejo y el nuevo mundos. Boturini, celoso guardián de la unidad adámica, ubica a los toltecas en la construcción de la Torre de Babel y luego de ella viene la gran peregrinación que los hace atravesar la Tartaria para llegar por fin a América.

La sucesión cronológica, como se entiende ahora, no le ofrecía problemas a Boturini. Él partía de una cronología acorde con el suceder de las tres edades. Quedaban testimonios como figuras, símbolos, caracteres y jeroglíficos que hacían referencia a la edad de los dioses. Cada deidad implicaba la relación del cosmos con la vida civil. De la segunda edad había el mismo tipo de referencias y, además, aclaran nudos de colores que servían para memorizar los hechos y, más adelante, aparecieron cantares “de exquisitas metáforas y elevados conceptos”. Al final, propios de la edad de los hombres eran los textos que después de la conquista se recogieron en manuscritos en ambas lenguas, indiana y castellana.

El cómputo del tiempo de los antiguos mexicanos asombra a Boturini por todos sus logros. Lo liga a la idea del suceder temporal en cuatro periodos o soles. Para él, no hay nación que refiera su propia historia con tanta precisión como la indiana. En todo esto parte de una noción viquiana muy importante y es que las distintas edades produjeron distintos tipos de testimonios, expresados en distintos tipos de lenguaje. Cada lenguaje corresponde a cada edad y es un lenguaje metafórico que expresa y revela la memoria colectiva.

Quien tenga una noción, aunque sea somera, de la manera como Gianbattista Vico esboza el devenir común de las naciones, puede advertir fácilmente que Boturini lo sigue de manera puntual. El misterio que ofrece el vatellinés a la posteridad es el ocultamiento de su fuente filosófica. Cuando hace referencia a la división de los tiempos en las tres edades, alude, como lo hace el propio Vico, a Marco Terencio Varrón, quien —de acuerdo con san Agustín— divide los tiempos en oscuro, fabuloso e histórico. Pero jamás menciona a Vico. Y no lo hacen tampoco los censores de la obra, como el entusiasta carmelita descalzo fray Juan de la Concepción, ni José Borrull. También es digno de ser mencionado el hecho de que Mariano Veytia, quien compartió el techo con Boturini por espacio de unos cinco años, no haga ninguna mención de Vico en su *Historia antigua de México*, obra en la cual menudean las citas a la obra de su maestro, para fijar acuerdos y discrepancias. Él mismo parece ignorar que es un viquiano indirecto, en cierto sentido, como lo son otros autores que leyeron a Boturini con algún cuidado en el siglo XVIII. Tal misterio justifica la crítica que enderezaron contra Boturini escritores como Andrés Marcos Burriel, quien expresó que la *Idea* no era sino una mera traducción de la obra

de Vico, cuyos “dos tomitos” el propio Boturini le había prestado. El comentario se debió a que en la Corte había necesidad de evaluar el trabajo de don Lorenzo para permitirle seguir adelante, ya que la *Idea*, como su nombre lo indica, era una suerte de proyecto para escribir una obra mayor, al lado de sus documentos. Para opinar sobre el particular se comisionó al naturalista Jorge Juan Santacilia, por el hecho de conocer América. Él se dio cuenta de que la materia de Boturini le quedaba lejana y pidió el favor a Burriel, que había revisado la *Noticia de la California* de Miguel Venegas y le había hecho algunas adiciones. Esto lo colocaba en un conocimiento más cercano al que tenía Jorge Juan en materia de la historia antigua de la América Septentrional, aunque no necesariamente muy preciso. El caso es que se desató una pequeña tormenta tras la cual Boturini tuvo que enfrentar el ser señalado como plagiarlo por no mencionar jamás a aquel a quien seguía.

De todo ello se defendió Boturini en su correspondencia con sus favorecedores y debió resarcir la memoria de Vico en las dos piezas restantes de su obra. En ambas asume su viquianismo, por cierto, el primero que se dio en todo el mundo.¹⁷ Queda en pie para siempre la duda de la omisión del nombre del autor de la *Ciencia nueva* en su primer libro. No había fuertes razones religiosas, dado que Vico era católico, educado por jesuitas y adverso a los iusnaturalistas protestantes. Acaso Boturini pensó que su autoridad podría no ser merecedora de aceptación, por tratarse de alguien desconocido en España. En fin, puede haber muchas conjeturas, pero el silencio que parece haber guardado ante Veytia, o el hecho de que el poblano no haya hecho mención del nombre, la obra y el sistema de Vico resulta impresionante.

Historia general de la América Septentrional

Como se ha señalado, esta obra era la meta que perseguía Boturini. El plan era ambicioso, ya que pretendía abarcar cuatro volúmenes. El primero sería *De la cronología de sus principales naciones*, y fue el único que concluyó. De su contenido haré referencia adelante. El segundo sería un *vocabulario de dioses para aclarar la mitología indiana*. En tercero, su propósito sería “juntar las raíces de la lengua náhuatl y meditar sobre sus progresos hasta que se derramó en varias y exquisitas poesías”, y en el cuarto y último, el trabajo consistiría en “recoger todo lo que hallare perteneciente a la geografía y astronomía”.

¹⁷ Arnaldo Momigliano, “Due libri inglesi su Vico”, en *Sui fondamenti della storia antica*, Torino, Einaudi, 1984, p. 230-251, *apud* in Franco Venturi, “Un vichiano tra Messico e Spagna: Lorenzo Boturini Benaduci”, *Rivista Storica Italiana*, v. LXXXVII, n. 4, 1975, p. 770-784.

De manera curiosa, el plan de su obra mayor altera el plan viquiano de las tres edades, ya que da principio con cuestiones propias de la edad segunda para después retomar el asunto de los dioses, que corresponde a la primera. Lamentablemente sólo escribió el tomo dedicado a los sistemas calendáricos.

El primer y único tomo de la *Historiografía general* es un tratado sobre los calendarios, hace en él una importante distinción entre el año natural, el solar celeste, el civil y el ritual y describe en los capítulos correspondientes los elementos comunes y las diferencias entre los cuatro. A lo largo de veinticinco capítulos describe y explica todo lo relacionado con los cómputos del tiempo: el año, los meses, las “semanas”, los periodos mayores, en fin todo lo que significa unidades temporales. Para abundar en ello se dedica a explicar, con el apoyo en tablas y en caracteres, los significados de cada símbolo. Además, hace cotejos con el calendario juliano y a veces con el de los persas, así como alusiones a muchos calendarios de la antigüedad. Este libro se aparta de la historia narrativa cronológica tradicional, para convertirse en un tratado sobre un tema particular. En este sentido hay una diferencia interesante entre maestro y discípulo, es decir, entre Boturini y Veytia, ya que éste, que concede gran amplitud al tema calendárico, trata de no perder la línea cronológica para insertar sus explicaciones sobre los distintos calendarios en un horizonte histórico más preciso. Boturini, en cambio, no lo hace. Para él, simplemente se trata de una creación de la segunda edad, a la cual, por cierto, ya no alude con esas palabras en el libro amplio.

Como hice notar anteriormente,¹⁸ en esta obra, si bien asume su viquianismo, una vez rendido el tributo a Vico, “águila inmortal de la deliciosa Parténope”, no aparece mencionado en casi toda la obra, no digamos Vico y su obra, sino el sistema que siguió de manera tan fiel en su primer libro.

Oración sobre el derecho natural de las gentes de la América Septentrional

El último de los textos escritos por Boturini que han sido rescatados del olvido, en cambio, es un homenaje abierto a Vico. En un amplio párrafo que le dedica en la obra anterior, el cual encabeza con la frase elogiosa entrecomillada arriba, hace mención de un dato relevante. Precisa que Vico escribió su gran libro en 1725 y que lo enriqueció en 1730. Esto permite suponer que Boturini tuvo a la vista o las dos

¹⁸ En mi libro *Lorenzo Boturini y el pensamiento histórico de Vico*.

ediciones de los *Principios de una ciencia nueva en torno a la naturaleza común de las naciones*, o si acaso sólo la primera y la *Autobiografía* o bien, los tres libros. Lo que si es claro es que no conoció la edición de 1744.¹⁹ Los cotejos entre la *Idea* y la *Oración* con los textos de Vico ponen en evidencia que Boturini fue un buen lector de la *Prima scienza nuova*, es decir, la de 1725, y hasta da lugar a pensar si consultó algún otro texto de Vico en sus años formativos.²⁰ El caso es que la *Oración* es un texto de raigambre viquiana ortodoxa. Es una defensa del sistema de Vico, frente a las concepciones del derecho natural de gentes planteado por Selden, Grocio y Pufendorf, a quienes fustiga apoyado en lo que Vico sustenta a lo largo de la primera versión de su gran obra y de la *Autobiografía* y que elimina ampliamente en la segunda.

Por otra parte, la *Oración* es una suerte de repetición, corregida y aumentada, y sobre todo, explícitamente viquianizada, del largo párrafo tercero de la *Idea* donde describe las características de las trece deidades mayores de las gentes indianas. Si el lector compara ambos textos con lo que desarrolla Vico en el capítulo VII del libro quinto de la *Primera ciencia nueva*, relativo a los doce dioses mayores del Olimpo, se advertirá la fidelidad boturiniana.²¹

Balance

Al contrario de otras grandes expresiones de la historiografía del Barroco, en las obras de Boturini no sólo no hay una trama —como en Solís, como en algunos cronistas provinciales— sino tampoco personajes. Es una historia de la colectividad, pero, ni siquiera de una colectividad con alguna identidad muy específica. Los actores de la historia son las gentes indianas, de las cuales se expresa con mucha admiración, pero a quienes no describe con detalles particulares. Los admira como creadores de cultura y hasta les reprocha excesos, pero sobre todo, los entiende como ejecutores de un plan providencial que necesariamente tenía que ha-

¹⁹ Es importante hacer notar las diferencias entre las llamadas *Prima* y *Seconda Scienze Nuove* porque se trata de libros que varían mucho en forma y contenido. La edición de 1730 modifica la primera, a la que Boturini permanece fiel. Sobre el particular, Cfr. Aurora Díez-Canedo, *Un estudio sobre las dos versiones de la "Ciencia nueva" de Juan Bautista Vico*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1981, 127 p.

²⁰ Así lo sugiere Giorgio Antei en *op. cit.*, p. 97-103.

²¹ Gianbattista Vico, *Principios de una ciencia nueva en torno a la naturaleza común de las naciones*, trad. José Carner, México, Fondo de Cultura Económica, 1978, 303 p., p. 250-265. [Esta traducción es del texto de 1725 aunque no lo advierten los editores. Es reimpresión de la publicada por El Colegio de México en 1941, 2v.].

berse manifestado del modo en que sucedieron las cosas. Todo lo que ocurrió debió haber sido así. No había voluntades. Las fuerzas de la providencia movían a los hombres. De ahí que si bien hay menciones —por ejemplo Nezahualcóyotl— se alude a ellos como referencias precisas de un devenir predeterminado. No hay heroísmo y, por consiguiente, tampoco hay épica. No existe la identificación con las cosas —y con los hombres— del pasado, como con Sigüenza. Sólo hay exaltación de las virtudes, de las creaciones, de los logros. Igualmente, la conquista tuvo qué ocurrir. Así como Moctezuma Xocoyotzin es sólo un nombre, también lo es el de Hernán Cortés. Si hay algo digno de encomio, es que Chimalpahin e Ixtlilxóchitl hayan guardado y escrito sus historias. Si hay algo digno de veneración es la virgen de Guadalupe.

No se trata, pues, de un providencialista arcaizante, que de todos modos condena a los indios por haberse dejado guiar por el demonio. La historia de Boturini es la de una nación o conjunto de naciones creadoras de cultura, de una cultura manifestada a través de los símbolos de los dioses, de los complicados mecanismos del calendario, de un lenguaje metafórico y, más tarde, de largas peregrinaciones, asentamientos, desarrollos particulares.

La novedad radical estriba en que todo lo que sucedió, necesariamente tuvo que ser. Es el pasado y como tal hay que aceptarlo. Si además se le admira, ello resulta por añadidura, aunque de hecho sí se le admira. La revolución viquiana llegó a la historiografía que se escribió en Nueva España, ocasionando un adelanto sorprendente. Dentro de un plan universal, en la América Septentrional ocurrió lo mismo que en otras latitudes, pero con la singularidad de lo propio. Por causa de la naturaleza común de las naciones.

La trascendencia de Boturini es definitiva. Todos los que escribieron historia de la antigüedad mexicana lo citan. Ninguno lo sigue como modelo, incluyendo a su discípulo Veytia.²² Acaso el hecho de que Boturini no haya sido explícito en su método, en su seguimiento al pensamiento viquiano en la única obra suya publicada, le enajenó la incompreensión de que fue objeto su sistema. Pese a ello, nadie lo omite. Implícitamente le reconocen —y tal vez hasta le agradecen— haber liberado la historia antigua del discurso tradicional que había encontrado en fray Juan de Torquemada a su último gran expositor. Aparte de ello está el rescate documental, tan caro a los empiristas decimonónicos. El viquiano Boturini vino a universalizar la historiografía del tema indiano.

²² Véase el penetrante estudio de Keen, *op. cit.*, p. 236-254.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS